

el profesorado mismo, hay que decirle: enseñad y educad constantemente, procurando que las nociones que inculquéis estén siempre á la altura de las últimas investigaciones científicas y que los métodos empleados estén cada vez más ajustados tanto á la lógica propia de cada disciplina intelectual, como á los preceptos de las ciencias del espíritu, base de toda una buena obra educativa.

No podemos eludir este deber de patriotismo, y son tan graves las responsabilidades que nos impone su cumplimiento, como que la autonomía y la dignidad de la patria y la suerte de muchas generaciones dependen de nuestros afanes en satisfacerlo. *No olvidemos que si muy pronto vamos á celebrar el Centenario de nuestra independencia política, esa fecha no coincidirá ciertamente con la de nuestra independencia económica; y que, si ésta no arraiga en bases profundas, aquella será siempre efímera y deleznable.*

En el momento actual, está ya iniciada de sorprendente modo nuestra vida industrial, agrícola y minera; y, como era fatalmente necesario, requirióse que nuestros primeros pasos los encaminaran guías extranjeros; así es que, tanto los capitales que fomentan la mayor parte de las industrias—que ilusoriamente llamamos nacionales, como las instalaciones técnica y administrativa, son de origen europeo, y, lo que es todavía más amenazador para nuestra existencia, de origen anglo-americano. Los pueblos de origen británico, ingleses, norteamericanos y canadienses tienen ya gastado en nuestros ferrocarriles, minas, fábricas y haciendas la enorme suma de 1,233.243,570 pesos. Graves peligros entraña esta situación de inferioridad y subordinación nuestras para que pueda prolongarse, y urge, por lo tanto, emanciparse de esa tutela que perfectamente nos califica de menores de edad. Afortunadamente, los ferrocarriles, merced á la alta previsión y profunda habilidad de nuestro Secretario de Hacienda, no serán ya en lo sucesivo un peligro para nuestro desenvolvimiento económico, que prodrá ensancharse sin temer el monstruoso acaparamiento de los trusts ferrocarrileros de la nación fronteriza.

Los maestros de escuela tenemos el urgente deber de que de nuestros establecimientos: escuelas primarias, escuelas preparatorias y normales, de agricultura, artes y oficios, ingenieros, bellas artes, comercio, etc., salgan incesantemente

hombres prácticos, excelentemente dotados para redimir nuestras escuelas particulares, nuestra propiedad raíz, rústica y urbana, nuestro comercio, nuestros bancos, nuestra agricultura, nuestras vías de comunicación de las ávidas manos de los extranjeros que las explotan y que—con justicia puesto que son suyas—se llevan á sus respectivos países las ganancias gruesas, dejando sólo entre nosotros, el valor de los impuestos fiscales y los mezquinos salarios de la mano de obra. Para convencernos de esta nuestra humillante condición de subordinados, basta leer á la entrada de las grandes oficinas, en el mármol con letras de oro de la tabla de avisos, los nombres de los altos empleados de las compañías extranjeras. Los únicos nombres en castellano son generalmente el del médico cuando se trata de una Compañía de seguros y el del abogado que, salvas ciertas honrosas excepciones, apura su ciencia y la astucia de su ingenio para escudar á las empresas bancarias, ferrocarrileras, industriales contra las justas reclamaciones de las víctimas de sus abusos y desmanes, ó para remachar el eslabón de la cadena que á esas empresas nos ata con la confección de contratos, generalmente ruinosos para quien tiene que negociar privilegios, pólizas, ventas é hipotecas, etc. Quizás podría figurar allí otro nombre, el del periodista asalariado que, encubriéndose con el anónimo, coopera á extender los negocios de esas empresas, disculpándolas de los perjuicios ocasionados por su codicia y atrayendo por estos medios nuevos contingentes de incautos. Por otra parte, quien observe los rostros de los individuos que á las oficinas del Estado acuden para obtener concesiones y subsidios en la explotación de nuestra riqueza nacional, notará que la gran mayoría de ellos son hijos de país extranjero.

En céntrica calle de la capital puede verse, iluminada fantásticamente durante la noche, la fachada del edificio que ocupa una riquísima empresa de electricidad. Con esta mágica trilogía: "Luz, Calor y Fuerza," anuncia, á los centelleos de la luz incandescente, los servicios que al público ofrece suministrar. Y, en efecto, sus potentes dinamos en Necaxa representan para toda la ciudad de México la espléndida luz artificial que la ilumina, el aumento de un buen número de aparatos de calefacción, la fuerza que propulsa millares de convoyes en las calles, los mecanismos de miles de fábricas y



hasta el instrumental quirúrgico de los consultorios de electroterapia. Ahora bien; en esa vastísima empresa casi todos los cargos técnicos y administrativos de alguna consideración están encomendados á extranjeros, y nuestros compatriotas, á pesar de que muchos descuellan ya por su habilidad sobre estos mismos extranjeros, están condenados á las insignificantes tareas de gabinete y, en su inmensa mayoría, á las faenas de carácter manual, á veces abrumadoras y siempre mal remuneradas.

Hay algo más lamentable todavía. Cuando ocurren vacantes en alguna gran empresa, por natural espíritu de paisanaje pídense al extranjero los substitutos, y al llegar éstos preciso es que previamente sean adiestrados en sus funciones por los mexicanos peritos, y aún sin haberlas aún dominado perciben crecidos honorarios. Observáse, además, en ciertas oficinas ferrocarrileras, en los talleres de Necaxa, en la administración de negociaciones mineras, etc., que el personal lo constituyen empleados ingleses, canadienses, norteamericanos, que llevan algunos de ellos en el país cuarenta años de residencia, que conocen y pueden expresar oralmente y por escrito la lengua castellana y que, no obstante, por sistemático orgullo, se obstinan en no usarla. Llama también mucho la atención que, cuando algún empleado mexicano de los pocos que se encumbran gracias á su conocimiento del idioma inglés, al ponerse en contacto con sus camaradas de departamento nota algo raro y anormal en la elocución de algunos de ellos; é inquiriendo cuál sea su país de procedencia, descubre que son italianos, franceses, holandeses y hasta africanos de las colonias europeas, que se han visto precisados á aprender tal cual el inglés para poder ser aceptados en aquellas empresas.

Muchos censuran que la mayoría de los hombres adinerados de nuestra sociedad dejen pasar la oportunidad que para aumentar sus caudales les proporcionan las liberales franquicias que nuestro Gobierno ha otorgado á los explotadores activos de la riqueza nacional. Echáseles en cara que sólo manejen transacciones pignoraticias, ó que acaparen bienes raíces en espera de una alza en el valor de los predios, debida al ahinco de urbanización que por todas partes se manifiesta, ensanchando y embelleciendo ciudades, abrigando en ellas

colosales establecimientos industriales. Pero ¿acaso son culpables esos ricachones de su ineptitud é inercia cuando rarísimos son los que han recibido una educación apropiada al espíritu emprendedor de la época contemporánea?

Apenas van transcurridos cuarenta años desde que el actual mikado del Japón, que en aquel entonces tocaba las lindes de la juventud, comprendiendo la necesidad de que sus súbditos entrasen en el certámen de la cultura universal, escribía á Napoleón III y á diversos jefes de Estado solicitando encarecidamente le enviasen maestros que adiestrasen á la gente nipona en artes y ciencias. Simultáneamente enviaba á las principales naciones del globo á millares de jóvenes japoneses que en las universidades, en los colegios militares y de marina, en las grandes escuelas de artes y oficios, en las fábricas, en los almacenes, en las haciendas y en las minas estudiasen todos los aspectos de la avanzadísima civilización occidental.

Era entonces el mikado á la manera de todos los monarcas del Oriente, una especie de divinidad invisible é intangible, secuestrada en misterioso alcázar, incomunicada celosamente de la masa de sus súbditos. Al cabo de cuarenta años, cortísimo período en la historia de un pueblo, quedan abolidas estas tradiciones de hierático retraimiento, y el mikado se comunica familiarmente con su pueblo, palpa sus necesidades y penetra sus aspiraciones, y á unas y otras provee con singular tino y previsión políticos. Los maestros extranjeros, después de haber transmitido nociones y prácticas á la juventud japonesa, reciben del mikado, sagacísimo siempre, una espléndida pensión de retiro para que, sin perjudicar el progreso de sus discípulos puedan dejar sus puestos é ir á pasar sus postreros años en la tierra de su nacimiento. Pero estos extranjeros, al retirarse, dejan instruido al pueblo japonés en la organización militar, en instituciones políticas, en artes mecánicas; y ese pueblo lo aprende todo, no por medio de artificial superposición de culturas, sino por asimilación, lo que le permite conservar la índole y la fuerza de su temperamento étnico, á la vez que se apropia la mentalidad extranjera y no ha quedado sojuzgado, porque no ha permitido que el acaso rigiese las relaciones económicas, educativas, y hasta religiosas, en las demás naciones.



Basta recordar los tristísimos episodios de la guerra chino-japonesa, en la que el Japón representó gallarda actitud diplomática y militar, emulando á las potencias occidentales que con él entraron en la llamada expedición punitiva, que terminó en un desmembramiento del milenarío Imperio Celeste; y traer á la memoria la titánica pugna con la Rusia, en la que los adversarios, como los héroes de Homero, compitieron en desnudo y bizarría; para medir la inmensa órbita que, desde hace cuarenta años, ha recorrido esa nación magníficamente rejuvenecida, después de haber arrojado á lo lejos, á modo del Fausto de Goethe, toda la vetustez, todo el fatalismo que por incontables siglos había pesado sobre ella, á la doble depresión de un despotismo teocrático y de una religión de inermes resignaciones. Hoy lleva la divisa del imperialismo asiático, y absorberá á todos los pueblos del Extremo Oriente, para los que no ha aparecido aún una salvadora doctrina Monroe, que los defienda y escude. Una gran parte de ese sorprendente poderío, débelo el Japón—habremos de repetirlo—á sus educadores, que esmeradamente, así como el gladiador romano preparaba en el reposo el juego de sus músculos, han estado disponiendo el alma de las generaciones surgentes á los altos destinos nacionales; débese á los maestros de escuela que gozan allí de las distinciones y honores de los más encumbrados funcionarios. Para comprobarlo, haré una transcripción al fin de este trabajo, de una obra selecta de psicología japonesa, escrita por el año de 1891, es decir, cuando los aparentemente momificados súbditos del mikado, preparábanse apenas á dar el salto sobre el gigante moscovita. Habría yo trasladado páginas enteras de ese libro encantador en que se hace una descripción del régimen interior de las escuelas y se penetra en el espíritu que vivifica allí la enseñanza, si no temiese extender demasiado este folleto. Pero lo que he copiado basta para sorprender el secreto de la pujanza de ese pueblo, que ya desde el siglo XVIII atraíase la admiración de San Francisco Javier y de sus misioneros. Esta pujanza reside en las escuelas: allí se enardece y santifica la pasión nacional, allí se opera la fusión de ideales y sentimientos de modo tan perfecto que, con exactitud puede afirmarse que un japonés lleva en la mente y en el corazón toda el alma ardorosa de su país. Imitemos al Japón; y ya que por los

transcendentales y diligentes desvelos del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, la profesión del educador va adquiriendo capacidad científica y dignificación social, cooperemos, los que tales beneficios estamos recibiendo, por nuestro espontáneo esfuerzo, á apresurar esa regeneración á que tan afanosamente se consagra la perspicaz vigilancia del Estado. No olvidemos que lo que debemes pedir á esa afluyente inmigración que paulatinamente va extendiéndose por nuestro territorio nacional, no es tanto la energía muscular de las razas privilegiadas de Europa, Africa ó Asia, sino inteligencias bien cultivadas que, bajo su superior dirección, organicen y orienten el inmenso trabajo que á la civilización debemos. Pero, aprovechando el aprendizaje de estos reputados maestros, pugnemos por igualarlos en saber, en tecnicismo, en disciplina del trabajo, de tal suerte que podamos en breve tiempo desasirnos de su tutelar guía y proceder, por nosotros mismos, á manejar los dóciles agentes naturales para aplicarlos á las maravillosas conquistas del arte y de la industria.

Pero, tanto por humanidad cuanto por miras de política previsora, echemos una mirada á la mísera raza indígena, para la que la redentora mano de Hidalgo no pudo tener fuerza bastante de manumisión. Cerca de tres millones de esos compatriotas nuestros no han podido erguirse del encorvamiento servil á que los sometió la tiranía de los "encomenderos." Bestias de carga y de labor, uncidas paralelamente al buey que abría los terrones del surco, fueron, por más de tres centurias que duró la dominación española; y bestias de carga y de labor siguen siendo, en medio de las vivificantes auras de libertad que todos aspiramos ampliamente. El hondo estigma de su esclavitud los tiene abatidos en una actitud de irredimible fatalismo. Sus necesidades no rompen los estrechos límites de las que urgen á cualquier animal: cabaña humosa, cuyos materiales son bálago y limo; pobre estera de palma para reclinar el cuerpo quebrantado por ruda é incesante labor; un puñado de maíz, triturado en la áspera superficie del metate, como único sustento; ralisima tela de manta para abrigarse de las inclemencias de las estaciones; y, en una palabra, miseria desde que abren los ojos á la vida hasta que la muerte piadosa llega á cerrárselos para siempre. La perpetua abyección en que han vivido, la inicua explotación que de



ellos se ha hecho, pues sólo han servido, como los súbditos de los Faraones, para levantar las pirámides de todos los despotismos, les ha hecho perder hasta el instinto de su personalidad. Pero, cuando algunos de ellos han encontrado protectores que los estimulen, se les ha visto lucir excelentes dotes de entendimiento y de carácter, como lo comprueban muchos ejemplos de nuestra historia. Esto indica que debemos hacer aparecer esas virtudes latentes. Hagamos que, por medio de la educación, asciendan en dignidad humana, para que la Patria mexicana incorporándoselos, como carne de su carne y hueso de sus huesos, pueda enumerar 15 millones de hijos vigorosos espiritual y corporalmente, perseverantes en sus propósitos, agentes de su propia riqueza y previsores para conservarla y acrecerla, libres y felices por la clarísima conciencia de sus ideales y la voluntad para realizarlos, cultores inteligentes de las ciencias y de las artes y, ante todo y sobretodo, dispuestos á ofrendar todos estos tesoros de energía moral é intelectual en aras del patriotismo. Redimiendo á la raza indígena, invitándola á la comunión de los espíritus, estará animosa al lado nuestro para defender nuestra nacionalidad, en el caso de que fuese amagada por extraños. Nuestras proverbiales riquezas, campos con toda la exhuberancia de la virginidad y filones intactos é inexplotados, constituyen á la vez que nuestro orgullo, un motivo de incesante zozobra. Unánimes hemos de estar en el probable peligro; y por eso es apremiante la incorporación á la nacionalidad de las primitivas razas, hundidas hoy en un estado de barbarie mayor que aquel en que las encontró la Conquista española.

Y ésta desconfianza en que debemos vivir, listos siempre para afrontar todo acto agresivo exterior, es, en el estado internacional actual, una desconfianza muy justificada. En efecto, en la distribución de territorios, las naciones fuertes que ya han rebasado el suyo, experimentan la necesidad fatal de desbordarse sobre los territorios de las naciones débiles y asentar en ellas su predominio, su imperialismo económico, sus factorías para dar salida á sus efectos industriales. Naturalmente si el pueblo que se escoje para esta transfusión oculta en su suelo (hay que recordar que la tercera parte de la plata que hay en el mundo ha salido de las minas de México), grandes riquezas, más cercana es su hora de sojuzga-

miento. La historia contemporánea, mejor dicho, la historia de estos últimos días, está llena de estas inícuas rapacidades, de estas concupiscencias solapadas con la semblanza de altos móviles civilizadores. Guardaremos indeleble los que ahora vivimos, grabado en lo íntimo de la mente y del corazón, el doloroso recuerdo de aquel puñado de hombres sanos de cuerpos y de alma de acero, hospitalarios como los antiguos patriarcas hebreos, celosos de su dignidad é independencia, observadores fieles de las sobrias costumbres ancestrales; de aquellos laboriosos colonos holandeses del Transvaal, idílico grupo de trescientos mil pobladores, que por espacio de tres años consecutivos lidiaron heroicamente contra el colosal Imperio Británico, potentísima nación del globo que tiene 300 millones de habitantes. En esta invasión suscitada por Rhodes, Jameson y Chamberlain, los boeros defendieron hasta el último aliento sus dioses penates; y pelearon, y dieron su tributo de sangre, todos los varones disponibles de aquella estirpe boera, desde el niño de doce años hasta el anciano nonagenario, y, iestupendo arranque del amor á la libertad! hasta las propias mujeres, que vinieron á repetir, en estos siglos de fatal indiferencia, los sacrificios patrióticos de las Esther y Judit de los libros sagrados. La nación británica pagó muy caro su rapiña, pues además del desprestigio con que se cubrieron sus armas, esa "guerra económica"—como hoy se dice—costóle la enorme suma de 2,500 millones de pesos y 20,000 soldados de los 450,000 que se derramaron en aquella región sud-africana; allí quedaron, en los campos de batalla teñidos de sangre é incinerados por el fuego del incendio, lo más florido de la tradicional nobleza inglesa, grandes duques, pares, y uno de los nietos de la reina Victoria. Pues bien; el motivo, el primer impulso de aquella ominosa guerra, en que inopinadamente fué á turbarse la apacible existencia de un pueblo de cazadores y de pastores, no fué otro que la codicia de los "Outlanders" (gente de fuera), que eran especuladores, aventureros sin escrúpulos, que Europa y América había lanzado á aquellas comarcas en turbas numerosas, que se echaron ávidos sobre los yacimientos de oro y cobre las minas de cintilantes brillantes que entrañaba aquel privilegiado suelo. Llegaron estos advenedizos "Outlanders" en los censos, á superar la cifra de los habitan-



tes neerlandeses. Las numerosas riquezas extraídas por aquellos laborantes extraños á la colonia, despertó la codicia de algunos colegas de gobierno del viejo Krüger, figura de patriarca que parece destacada del Antiguo Testamento. Quisieron estos boeros, hasta entonces sencillos poseedores de alquerías, disfrutar de aquellos tesoros de su propio terruño, de los que estaban apoderándose extrañas manos. Dieron principio entonces á una hostil política, en que las vejatorias excepciones de derechos civiles, se combinaban con las más odiosas tiranías fiscales: centuplicaron hasta lo increíble las gabelas que gravitaban sobre aquella población extranjera: abrumaron de derechos aduanales las herramientas del trabajo, la dinamita, los alimentos conservados y, en una palabra, cuantos menesteres de trabajo y de subsistencia requerían aquellos explotadores de las minas: negóseles á éstos toda participación en el régimen público, hasta en el municipal, siendo así que con toda esplendidez contribuían á la riqueza de los presupuestos. Contra esta campaña de preservación, que indudablemente tendía á que aquella gente de inmigración desamparase el sitio y á que otros no se arriesgasen en lo sucesivo á emprender el éxodo, tuvo que intervenir Inglaterra, pretextando la defensa de sus súbditos ultrajados y expoliados, y exigiendo para ellos el derecho de ciudadanía transvalense. Lleno de fe Krüger en la bizarría de sus compatriotas, que ya en otras épocas habían combatido con brillante éxito contra los soldados ingleses, se negó á toda avenencia diplomática y precipitó la guerra, en la que no obstante que las colonias de Orange y del Cabo se coaligaron generosamente con el Transvaal, este fué vencido y sufrió el *ve victis* que en todo tiempo se aplica á los caídos, entrando á formar una posesión colonial de la omnipotente metrópoli inglesa.

Inherente peligro á todas las inmigraciones de razas fuertes que se transfunden en el seno de pueblos débiles, es este de la supeditación y eliminación de los pobladores indígenas. Por eso me ha parecido conveniente insistir con un elocuente ejemplo de historia contemporánea, en que los mexicanos nos pongamos en guardia contra posibles usurpaciones, provocando una altísima cultura de todo el pueblo, y un movimiento de auto-colonización, en que las grandes masas de

indígenas, retraídas en las anfractuosidades de las serranías, fuesen llamadas á compartir con nosotros las aspiraciones, los esfuerzos y los sacrificios de una común nacionalidad. No es mi propósito, ciertamente—y en esto debo insistir para que no se me atribuya un mezquino chauvinismo—predicar una especie de proscripción "Boxer," que nos amurallase contra la visita de los extranjeros. No; soy el primero en reconocer el sello universal que caracteriza la civilización moderna, en la que todos los pueblos son entre sí sus educadores. Tampoco puede desconocer que en nuestra cultura actual han sido valiosísimos factores muchos honorables extranjeros, que entre nosotros han vivido como en su patria de adopción, enseñándonos durante muchos años todas las labores técnico-prácticas, que ahora empezamos á ejercitar con propias facultades. Sin remontarme al ilustre Gante y su Colegio de Artes y Oficios de Santiago Tlaltelolco, rudimentario taller de donde salieron nuestros primeros menestrales y artistas; no debemos olvidar que á un Juan de la Granja debemos haber conocido el telégrafo eléctrico y las primeras instalaciones de esta maravillosa comunicación á través de montañas y de océanos; que al benemérito Antuñano, á quien conmemora con piadosa gratitud el gremio industrial de Puebla, fué el introductor de los telares mecánicos y el benefactor ardoroso de sus obreros. En épocas anteriores y hoy mismo, entre los grandes empresarios que se distinguen por su profunda habilidad en los negocios, por la lealtad de sus miras, por la honradez y discreción de su comportamiento y, sobre todo, por el afecto y los miramientos que prodigan á sus empleados y trabajadores mexicanos; acuden á la cita muchos nombres queridos y respetados, tales como los de Aubert, Lohse, Labadie, Felipe N. Robertson, Louis C. Simonds, Braniff, Anselmo de la Portilla, Clavé, Combaluzier, Kaska, Gustavo Struck, Pugibet, Warnholtz, Doctor Howe. No me refiero, al señalar como sospechosa la inmigración, á estos nobilísimos representantes de la ciencia, de la industria, de la prensa, del arte, de las letras, del comercio y de la banca, que indudablemente fueron algunos, han sido y siguen siendo los activos propulsores de la grandeza nacional, y que casi tienen como suya la prosperidad de que nosotros disfrutamos. No son así, por desgracia, todos los



falsos colaboradores que nos llegan de lejanas tierras, con la sola idea de explotarnos poniendo ante nuestros ojos un vano espejismo de riquezas y poderío. Estos son como la yedra y el heno que se enredan en el tronco milenario de nuestros sabinos: adorno flexible, guirnalda embellecedora en un principio, transfórmase á poco la trepadora ó colgante fronda en anillo constrictor que asfixia al añoso árbol y lo mata absorbiéndole su propia sabia. No perdamos las prerrogativas que la naturaleza nos otorgó al hacernos nacer bajo el cielo de esta nuestra amada patria; y seamos los principales exploradores y colonizadores de las regiones, tan vastas como ricas, del territorio nacional. Para serlo, para ser dueños de nuestros destinos, cultivemos sin tregua artes y ciencias, perseverando en el trabajo, y, sobre todo, vigoricemos el espíritu con una de sus facultades más hermosas: la voluntad.

El fin de toda educación, el signo por el cual puede calificarse únicamente su eficacia, es, sin duda alguna, el desarrollo, la energía con que dota la voluntad. Quisiera yo grabar hondamente en el espíritu de los educadores esta atribución primordial suya de templar las voluntades. Porque, en efecto, si la mentalidad y la emotividad, ó, en otros términos, la vida intelectual y la afectiva, son los impulsos internos que mueven á toda criatura, la voluntad, ó el carácter que es su forma constante, es la revelación externa de aquellas fuerzas, la tendencia final á la que van dirigidas, la resultante que se deriva de su contrabalanceo ó compensación. Un hombre entregado de absoluto á las ideas puras, ó bien llevado caprichosamente por los sentimientos, es un hombre incompleto, y lo que es peor, un hombre infortunado. No así, el que actúa enérgicamente, haciendo servir para su bien y para el de los demás, el medio ambiente que le rodea. Todas las transformaciones incesantes de la civilización, no son más que obras llevadas á cabo por la acción del carácter: así los progresos de la verdad y de la justicia, que en último análisis son la evolución patente de la civilización, no son más que conquistas muy árduas del carácter. Así pues, vigorizarlo y orientarlo, despejar su acción de las nubes del error y de los extravíos de las pasiones, escollos ambos en que suele estrellarse; darle la suprema dirección de la prudencia y á la vez la inflexibilidad de las aspiraciones justas: es crear batalladores, campeones aguerridos para las lu-

chas á veces oscuras, con el Destino; es preparar el surgimiento de generaciones nuevas que ensanchen el dominio de la civilización. Y al cuidado de los educadores, conscientes de su misión, está esa renovación constante de las fuerzas y de las idealidades de la humanidad.

Esta preeminencia del carácter sobre todas las facultades humanas está atestiguada por el prestigio con que son rodeadas las acciones esforzadas. Cuéntase que el filántropo multimillonario Andrew Carnegie, en esa correría triunfal que está haciendo alrededor del mundo, tuvo una entrevista con el Kaiser Guillermo II. Conocidísima es la historia de Carnegie que, dotado de perspicuas cualidades de entendimiento y de incontrastables bríos de la voluntad, logró ascender de los fondos oscuros de la miseria hasta las brillantes alturas de la opulencia, hasta poseer la fabulosa riqueza, apenas concebible en los cuentos orientales, de trescientos millones de *dollars*. Pues bien, en la entrevista á que nos referíamos, el emperador Guillermo preguntó al potentado americano, si era cierto que no profesaba mucha simpatía á los monarcas.

—Verdad es, S. M., contestó Carnegie con una franqueza poco cortesana; pero, en cambio, toda mi estima y toda mi admiración son para el hombre que posee en alto grado las virtudes intrínsecas que caracterizan á un hombre.

—Bien está, replicó el príncipe; pero sírvase usted explicarme el concepto preciso del hombre, tal como usted lo comprende.

—Para mí—repuso el millonario—el hombre por excelencia es el que, impulsado por nobles sentimientos, tiene una idea clara de lo que quiere, y sabe obrar con energía para lograrlo.

—Cíteme usted, algunos ejemplos de esa clase privilegiada de hombres, insinuó el monarca germano.

—Vuestra Majestad y dos altas personalidades que no ocupan trono ni empuñan cetro imperial: Theodore Roosevelt, presidente de los Estados Unidos del Norte de América, y Porfirio Díaz, presidente de la República Mexicana. En escala un poco más baja, mencionaría al Rey Eduardo VII de Inglaterra y á Víctor Manuel II de Italia.

Encomio justo, que pasará como fallo inapelable de la historia, el que hizo Mr. Carnegie de nuestro Primer Magistrado, en la entrevista anterior. Primero como guerrero, Teseo de